

La isla de Tarifa.

El castillo de Tarifa recuerda los orígenes de la ciudad: Tarif, un jefe al mando de los primeros musulmanes llegados a la península. Que luego fuera cambiando de manos y de religión no fue más que el destino de todos los castillos, como lo es rodearse de casas y de gente. Dicen que Tarif se asentó en el islote de las Palomas, siempre vigilado por la torre que ocupa el faro Camarinal.

Las laminarias pueblan el mar alrededor de la isla. Todos los otoños pierden sus grandes frondas; y todas las primaveras vuelven a brotar.

Las laminarias tienen varias ventajas competitivas sobre otras algas. Sus frondas son el muy ergonómico resultado de una evolución que las ha llevado a esa forma tan bien adaptada a las corrientes.

La fijación que impide que las arranque el agua la confieren un recio estipe y un hapterio con rizoides poderosos, que se anclan en cualquier superficie dura, sea roca, ánfora o restos de barcos, tan abundantes en las aguas tarifeñas.

La gran superficie de sus frondas optimiza la captación de luz y, por tanto, la fotosíntesis, es decir, la base de toda la cadena trófica, cuyos eslabones intermedios son los invertebrados carnívoros como las anémonas y las estrellas.

Y también el erizo de hondura, de púas blancas y dotado de glándulas venenosas.

Pero entre los organismos fotosintéticos y los carnívoros, hay eslabones intermedios; organismos herbívoros y filtradores, como los hermosos corales, que tapizan los taludes de la isla de Tarifa, de la que solo una pequeña parte asoma en la superficie.

En su parte sumergida, las paredes de roca a las que llega la luz albergan una gran diversidad de especies. Peces como los tres colas se acercan a las paredes donde las corrientes arrastran el plancton del que se alimentan. El coralígeno es un festín.

Las estructuras ramificadas son frecuentes entre la fauna submarina, como es el caso de las gorgonias y el gorgonocéfalo, un pariente de las estrellas de mar.

La ramificación permite aumentar la superficie, una estrategia adaptiva propia de organismos sésiles o con escasa movilidad, que tienen que captar el alimento sin perseguirlo.

Las gorgonias, además, son la perfecta expresión del camuflaje. Los pólipos habitan dentro de esas estructuras minerales que les dan la apariencia de piedras inertes.

También las patas del pulpo parecen ramas que multiplican su esfuerzo, aunque quizá sus armas más potentes y eficaces sean la vista y el cerebro.

Los contraplomos y las cuevas son el hábitat de organismos adaptados a la penumbra.

Y de la profundidad, a veces sube un pez de San Pedro. A este cazador solitario, las espinas de su aleta dorsal le dan un porte majestuoso, que culmina un ocelo aposemático en medio del de colores iridiscentes.

Y no se agotan las estrategias para buscar comida. El salmonete de fango usa los barbillones para remover el sedimento en busca de pequeños animales y de restos orgánicos.

Otros despistan a sus perseguidores con movimientos rápidos en grupo.

Incluso en las aguas de la isla de Tarifa, donde abunda el alimento, la ley es comer y no ser comido.